

# Paradigmas y metamorfosis del sacrificio de vidas humanas

Franz J. Hinkelammert

---

Quiero tratar de esquematizar, para poder desarrollar el significado del cambio del sacrificio precristiano (pagano) hacia la sacrificialidad cristiana. No pretendo sostener que el cristianismo, desde sus orígenes, haya sido sacrificial. Deseo más bien mostrar cómo, con el cristianismo, aparece un nuevo tipo de sacrificialidad que supera de lejos el sacrificio precristiano al introducir la exigencia de no efectuar más sacrificios. El que no haya más sacrificios se ha transformado en un nuevo tipo de sacrificialidad que hoy, en forma secularizada, subyace a toda sociedad moderna occidental.

## 1. El paradigma precristiano del sacrificio humano

A partir de los trabajos de René Girard<sup>1</sup>, quiero esquematizar el sacrificio precristiano del chivo expiatorio, aunque lo haga a partir de un ejemplo que Girard no menciona. Tomaré el sacrificio de Ifigenia, sacrificada por su padre Agamenón, en la forma en que lo presenta Eurípides.

El ejército griego se encuentra en la isla de Aulis, concentrado para iniciar su guerra de conquista de Troya. Sin embargo, ocurre un fenómeno natural que hace imposible la guerra: se trata de una calma del viento que no permite la salida de los barcos hacia la meta, que es Troya. Al alargarse el tiempo de la espera, el profeta consulta a la diosa Artemis para saber la razón de la obstrucción. Artemis revela que la razón se encuentra en una ofensa previa de Agamenón a ella, que tiene que ser satisfecha. Como chivo expiatorio pide la vida de Ifigenia, hija de Agamenón.

<sup>1</sup> Girard, René: *La violencia y lo sagrado*. Anagrama, Barcelona, 1983; *El chivo expiatorio*. Anagrama, Barcelona, 1986; *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica*, Diálogos con J.M. Oughourian y G. Lefort. Sígueme, Salamanca, 1982.

Agamenón, bajo la presión del ejército, sacrifica la vida de su hija, lo que satisface a la diosa, quien manda el viento necesario para poder salir a la guerra. Como resultado, los griegos llegan a Troya y logran conquistarla.

Ifigenia es el aval de la conquista y, con su sangre, ella purifica a Agamenón, quien había caído en desgracia delante de la diosa Artemis. Sin embargo, se trata de un sacrificio, en cuanto en su nombre se logra la unión de los griegos para la conquista; y, en cuanto esta se realiza, el sacrificio es a la vez un compromiso. Realizado el sacrificio, la meta de éste —la unión de los griegos y la guerra victoriosa—, tiene que cumplirse. Si no se cumpliera, el sacrificio no sería un sacrificio, sino simplemente un asesinato. Agamenón no sería un héroe, sino un simple asesino. El sacrificio quema los puentes, y su objetivo se transforma en una meta absoluta. Debe cumplirse o perecer.

En una visión esquemática se puede decir que, en este caso, los que efectúan el sacrificio y los que recogen sus frutos, son los mismos. El sacrificio, por tanto, no es un crimen, sino que amenaza serlo en el caso de que no se recogiesen sus frutos. Luego, si se conquistó Troya, la muerte de Ifigenia tuvo sentido y fue del agrado de la diosa.

Pero, por otra parte, los troyanos nada tienen que ver con el sacrificio. Son objeto y nada más. Los griegos son los sacrificadores y ellos, por haber sacrificado, recogen la gracia del sacrificio que realizaron, el fruto de la muerte de Ifigenia. Recogiendo con éxito ese fruto, son héroes admirables y nadie los culpará por el sacrificio. Tampoco hay culpa de parte de los troyanos. El sacrificio no implica culpa, sino que es un acto meritorio. No obstante, para que el sacrificio sea sin culpa, tiene que mostrar su fertilidad. Ellos, que lo cometieron, tienen un juramento de sangre. Si se unen, y logran su objetivo, la muerte de Ifigenia es una muerte meritoria. Si fallan, no fue sacrificio, sino asesinato monstruoso. Cumplir con la meta evita la culpa.

Por lo tanto, el sacrificador es héroe, y lo es porque el sacrificio es la otra cara de la victoria. En el sacrificio el héroe adquiere la fuerza de vencer, y la naturaleza, impulsada por la diosa, se pone de su lado.

## **2. La superación del sacrificio humano en el cristianismo original**

EL mensaje cristiano de los evangelios exige relaciones humanas más allá de los sacrificios humanos. No se trata de la prohibición de estos sacrificios, sino de una vida tal que la necesidad de esos sacrificios desaparezca. Se considera, por consi-

guiente, a los sacrificios humanos como el resultado de una manera de vivir que está vinculada a la ley. Por eso, superar la necesidad de sacrificios significa ir más allá de la vigencia de la ley. La superación de la necesidad de sacrificios humanos es, por ende, una superación del legalismo del cual resultan. Al superar los sacrificios humanos, se pretende ir más allá de la vigencia legalista, más allá de las leyes que, por su forma legal, llevan a la exigencia de sacrificios humanos.

Surge la imaginación de un nuevo paraíso, al cual se da el nombre de Nueva Tierra. No es la vuelta al paraíso perdido, que es un paraíso con árbol prohibido y, por tanto, un cumplimiento paradisiaco de una ley. No se quiere volver a este paraíso para prometer que, esta vez, no se violará la ley al comer del árbol prohibido. La Nueva Tierra es un paraíso sin árbol prohibido, en el cual se puede comer de todos los árboles. Eva da la manzana a Adán, ambos la comen, y Dios aplaude: aprendieron lo que es distinguir el bien y el mal.

La Nueva Tierra es una tierra sin sacrificios humanos, que se encuentra más allá de la necesidad de estos sacrificios.

...podrán disponer del árbol de la Vida... (Ap. 22,14).

Luego me mostró el río de agua de Vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay árboles de vida, que dan fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles. Y no habrá ya maldición alguna... (Ap. 22,1-3).

Pero no vi Santuario alguno en ella; porque el Señor, el Dios Todopoderoso, y el Cordero, es su Santuario (Ap. 21.22).

Esta es la gran esperanza de una Tierra Nueva, que no es otra sino esta tierra sin la muerte. Es una tierra sin muerte, sin lágrimas, sin sacrificios, sin leyes (sin árboles prohibidos). Puede ser sin sacrificios, porque no tiene prohibiciones legales o leyes. Porque la ley es sacrificio: "El hombre no es para el sábado, sino que el sábado es para el hombre". Si el hombre es para el sábado, ocurre un sacrificio humano a un ídolo que se llama sábado. Aparece, por lo tanto, una deuda impagable. El hombre que es para el sábado, es el hombre que tiene una deuda impagable, que le es cobrada. La ley lo esclaviza, en cuanto ella no se puede cumplir. Pero se descubre que, cuando la ley es el criterio de la justicia, ninguna ley puede ser cumplida. La ley, en cuanto criterio de la justicia, es necesariamente sacrificio humano. "La ley mata", dice San Pablo.

La superación del sacrificio humano no puede ocurrir por la justicia de la ley, porque, en cuanto se busca la justicia en el cumplimiento de la ley, ésta exige sacrificios humanos. Por eso,

cuando aparece la idea de la superación del sacrificio, aparece a la vez la idea de que la justicia no puede estar en el cumplimiento de ninguna ley, independientemente de su contenido. La ley amarra al hombre, y lo destruye.

Si la justicia no está en el cumplimiento de la ley, tiene que ser soberana frente a la ley, ella tiene que ser un criterio de discernimiento de la ley. Eso constituye la enseñanza del amor al prójimo. El amor al prójimo relativiza la ley, y a su luz se puede decidir hasta dónde se puede cumplir la ley y hasta dónde no. La justicia está en el amor al prójimo, y la ley nunca es justa por su solo cumplimiento. Es justa siempre y cuando no determine alguna acción contraria al amor al prójimo <sup>2</sup>.

Por eso, la justicia por cumplimiento de la ley es destructora y constituye una deuda impagable. Perdonar la deuda es, por consiguiente, renunciar a la justicia por el cumplimiento de la ley. La oración del Padre Nuestro —“Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”—, dice exactamente lo mismo que: “El hombre no fue hecho para el sábado, sino el sábado para el hombre”. Perdonar a los deudores es renunciar al cumplimiento de la ley como camino a la justicia. No se trata solamente de deudas financieras, sino de todos los cumplimientos de las leyes que el hombre adeuda. Aquello que el hombre debe, en cuanto ley a ser cumplida es deuda. Al buscar la justicia en el cumplimiento de la ley, todas las deudas se vuelven impagables. Se transforman en sacrificios humanos.

Por eso, este cristianismo ve el pecado como un resultado del cumplimiento de leyes. El pecado se comete cumpliendo la ley, no violándola. En el mismo sentido se practican sacrificios humanos, cumpliendo la ley. Así, toda búsqueda de la justicia por el cumplimiento de la ley, produce sacrificios humanos.

Esta es también la primera interpretación de la crucifixión como un sacrificio. Se insiste en que Jesús fue muerto cumpliendo la ley. No importa si es la ley mosaica o la romana. Es la ley que mata a la vida y al autor de la vida, en cuanto se busca la justicia en su cumplimiento.

Perdonar la deuda es perdonar el cumplimiento de la ley, y es la superación de los sacrificios humanos. No es, automáticamente, una sociedad sin ley, sino un discernimiento de la ley a partir de una justicia que antecede a la ley, y que es expresada por el amor al prójimo. Esta justicia es simplemente la actitud que busca vivir, sobre la base de la posibilidad de vivir de todos los demás. La justicia por cumplimiento de la ley no puede realizar eso; al contrario, destruye esa justicia. Por ello,

<sup>2</sup> Ver Hinkelammert, Franz J.: *Las armas ideológicas de la muerte*. DEI, San José, 1981. Segunda edición revisada y ampliada, con introducción de Pablo Richard y Raúl Vidales, págs. 163-194; *La fe de Abraham y el Edipo occidental*. DEI, San José, 1989.

para que haya esa justicia, las deudas que establece la ley deben ser perdonadas.

Para los que se quedan en la ley, el crimen no consiste en el sacrificio humano. El crimen consiste en la violación de una ley. Pero el sacrificio no viola leyes, sino que las cumple. Por eso, no puede haber una ley que prohíba los sacrificios humanos, a no ser algunas expresiones de ellos (como por ejemplo el sacrificio religioso). Los sacrificios humanos se superan, disolviéndose la búsqueda de la justicia por el cumplimiento de las leyes, subvertiéndola. Los sacrificios humanos se superan, perdonándose las deudas que las leyes establecen. Se trata de la flexibilidad de la ley frente a la justicia, que emana del amor al prójimo, del reconocimiento del otro, anterior a la ley. (San Pablo habla de esta justicia como Ley de Dios. Eso ha tenido consecuencias fatales, porque no se trata de una ley cuyo cumplimiento produzca justicia. No es, tampoco, ley natural. Es un criterio de juicio sobre toda ley, y, por eso, no puede tener expresión legal).

Debido a ello, este cristianismo no consideró la crucifixión de Jesús como un crimen al cual corresponde un castigo. Crimen y castigo presuponen la violación de la ley. Aquí la ley produce la catástrofe, que es la catástrofe de la ley misma. De ahí que los evangelios no hablen de un crimen. No culpan a nadie, excepto a la ley. Sobre los ejecutores de la muerte de Jesús, se dice: "Perdónales, porque no saben lo que hacen". Al Sumo Sacerdote lo hacen decir: "Es mejor que uno muera, en vez de todo el pueblo". Esta expresión establece la muerte de Jesús como sacrificio. Jesús es sacrificado en cumplimiento de la ley y en la búsqueda de la justicia, mediante el cumplimiento de la ley.

Siendo la muerte de Jesús un sacrificio de parte de sus ejecutores, es producto de una justicia que se busca por el cumplimiento de la ley. Jesús, en cambio, no se sacrifica en cumplimiento de una ley. Es su rechazo al sacrificio, lo que lo condena a la muerte. No obstante, este rechazo es realmente una deslegitimación de la ley. No viola ninguna ley, sino que deslegitima cualquier ley. Su muerte, por tanto, es revelación del pecado que se comete al buscar la justicia por el cumplimiento de la ley.

Creo que insisto más en la función de la ley de lo que lo hace René Girard, pero creo también que en estos análisis estoy en un gran acuerdo con él.

### **3. El sacrificio humano como crimen, el amor al prójimo como ley**

El cristianismo no pudo sostener esta posición de sus orígenes. Pronto transformó el rechazo al sacrificio en consideración del

sacrificio humano como crimen, es decir, violación de una ley, aunque ahora la llame Ley de Dios. Pero, en cuanto es violación de una ley (de Dios), el rechazo al sacrificio es sacrificial. En esta versión, no solamente los ejecutores de la muerte de Jesús efectúan un sacrificio; Dios también lo sacrifica, y él mismo se sacrifica también.

En consecuencia, al ser ejecutado Jesús, hay varios sacrificios que se entremezclan. El sacrificio de parte de sus ejecutores — autoridades romanas y judías—, es un sacrificio en cumplimiento de una ley que no se considera Ley de Dios. Es considerado un levantamiento en contra de la Ley de Dios. Sin embargo, hay a la vez un sacrificio divino, que establece la Ley de Dios y la torna viable. Se trata de un sacrificio del propio Dios en razón de su ley, que elimina, para el futuro, todos los sacrificios y los convierte en crímenes. En el sacrificio de Jesús hay, entonces, un sacrificio que es crimen, y otro que es redención de todos los sacrificios. Aparece un sacrificio original infinitamente grande, que la propia Ley de Dios exige al ser cumplida. El contenido de esta Ley de Dios es que no haya más sacrificios humanos, que no haya más deudas, que no haya muerte. Pero todo eso, ahora, como resultado del valor infinito del sacrificio original. La eliminación de los sacrificios se transforma en algo sacrificial.

Esta transformación empieza ya en el propio mensaje cristiano, más expresamente en la Epístola a los Hebreos. De la contradicción de los términos —un sacrificio original, cuya fertilidad consiste en eliminar todos los sacrificios—, se pasa a un conflicto social. Hay, ahora, una polarización entre los que siguen cometiendo el crimen del sacrificio, y los otros, que aceptan el sacrificio redentor de Jesús para no sacrificar más a Jesús y a todos los hombres en él.

De la disolución del sacrificio por la relativización de la ley, se ha pasado a una nueva ley que prohíbe los sacrificios. Luego, es necesario castigar a aquellos que violan esta nueva ley. No obstante, el castigo en cumplimiento de la ley vuelve a buscar la justicia en el cumplimiento de una ley, esta vez la de no sacrificar. Sin embargo, en nombre de la justicia por el cumplimiento de una ley, aparecen los sacrificios. También la ley que prohíbe los sacrificios, sacrifica. Por lo tanto, viene ahora el sacrificio de los sacrificadores, la crucifixión de los crucificadores. Es la forma en la cual el cristianismo recupera los sacrificios humanos, justificándolos como paso para una vida humana sin sacrificios.

La Epístola a los Hebreos describe esto de la manera siguiente:

Y, ciertamente, todo sacerdote (precristiano) está en pie, día tras día, oficiando y ofreciendo reiteradamente los mismos sacrificios, que nunca pueden borrar pecados. El (Cristo, como sumo sacerdote), por el contrario, habiendo ofrecido por los

pecados un solo sacrificio, se sentó a la diestra de Dios para siempre, esperando desde entonces hasta que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies. En efecto, mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados. También el Espíritu Santo nos da testimonio de ello. Porque, después de haber dicho: "Esta es la alianza que pactaré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: pondré mis leyes en sus corazones y en sus mentes las grabaré", añade: "Y de sus pecados e iniquidades no me acordaré ya". Ahora bien, donde hay remisión de estas cosas, ya no hay más oblación por el pecado (Heb. 10.11-18).

Pero, ¿qué hacen aquellos que vuelven a hacer sacrificios pre-cristianos?

Porque es imposible que cuantos fueron una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo... y a pesar de todo cayeron, se renueven otra vez mediante la penitencia, pues crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia (Heb. 6.4-6).

La idea de que crucifican a Cristo todos aquellos que lo abandonan, que no creen en él, recibe de esta manera un trasfondo extremadamente agresivo. Nunca más Cristo debe ser crucificado. Sin embargo, ellos lo vuelven a crucificar. Por consiguiente se transforman en enemigos de Dios, a los cuales se acusa de estar golpeando, linchando y ofendiendo a Cristo. No debe haber otro sacrificio, pero ellos sacrifican de nuevo a Cristo. Precisamente por realizar sacrificios del tipo pre-cristiano, eso es considerado una nueva crucifixión de Cristo:

Porque si voluntariamente pecamos después de haber recibido el pleno conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por los pecados, sino la terrible espera del juicio y la furia del fuego pronto a devorar a los rebeldes. Si alguno viola la Ley de Moisés es condenado a muerte sin compasión, por la declaración de dos o tres testigos. ¿Cuánto más grave castigo pensáis que merecerá el que pisoteó al Hijo de Dios, y tuvo como profana la sangre de la Alianza que le santificó, y ultrajó al Espíritu de la gracia? Pues conocemos al que dijo: "Mía es la venganza; yo daré lo merecido". Y también: "El Señor juzgará a su pueblo". ¡Es tremendo caer en las manos de Dios vivo! (Heb. 10.26-31).

Del Dios-Abba-Padre se ha pasado al Dios terrible, que sacrifica a sus sacrificadores y crucifica a los crucificadores. El "nunca más sacrificios" se transformó en sacrificar a los sacrificadores; el "nunca más crucifixión" se transformó en crucifixión de crucificadores. Todo sacrificio es considerado sacrificio humano, y por tanto, todo sacrificio es participación en la

crucifixión de Jesús. Aunque los romanos sacrifiquen gallos, gallinas y corderos, es Jesús quien es sacrificado en estos animales.

La negación de los sacrificios se ha transformado en ley a ser cumplida, que pasa a sacrificar. Al volver la justicia por el cumplimiento de la ley, vuelve el sacrificio humano. Vuelve, aunque la ley prohíba los sacrificios. Vuelve, precisamente, porque la ley prohíbe los sacrificios.

En los evangelios y en San Pablo, el amor al prójimo, y por ende la superación de todos los sacrificios, son criterios para juzgar la ley, porque la justicia buscada por el cumplimiento de la ley hace imposible el amor al prójimo y destruye al ser humano. Actúa por crimen y castigo, y el castigo reproduce constantemente el crimen contra el cual se dirige. Se pide perdonar la deuda, en cuanto que la justicia por el cumplimiento de la ley es el cobro de una deuda derivada de la ley.

Ahora, este mismo criterio de juicio es transformado en ley, en una especie de ley fundamental por encima de todas las leyes. No obstante, el amor al prójimo transformado en ley es lo contrario del amor al prójimo como criterio de juzgamiento de todas las leyes. Como ley, el amor al prójimo pasa por crimen y castigo. Hay que castigar a aquél que no ama al prójimo. Hay que perseguirlo, matarlo, si es necesario. El castigo reproduce todo lo que en nombre del amor al prójimo se prohíbe. No disuelve la dureza de la ley, sino que la reproduce. Como criterio, en cambio, el amor al prójimo pide el perdón de las deudas, la relativización de la ley. Como ley, el amor al prójimo no puede perdonar la deuda de la ley, porque es una ley que se justifica mediante su cumplimiento.

Al contrario, ya no existe instancia frente a la ley, porque aquello que era esa instancia, es transformado en ley. Por eso, ya no puede haber perdón de las deudas. Esta ley no puede ser relativizada. Es una ley absoluta e inquebrantable. Ha neutralizado el criterio sobre la ley para crear la ley más inclemente que se pueda pensar. El cumplimiento de la ley es ahora el amor al prójimo y, en consecuencia, ya no hace falta el amor al prójimo para interpelar la ley y su cumplimiento <sup>3</sup>.

#### **4. El paradigma del sacrificio humano en el imperio cristiano**

Solamente en esta forma el pensamiento cristiano sobre la ley y la fe puede ser integrado por el imperio. Cuando el imperio

<sup>3</sup> Ver el análisis de la deuda en la teología de Anselmo de Canterbury en: Hinkelammert, Franz J.: *Sacrificios humanos y sociedad occidental: Lucifer y la bestia*. DEI, San José, 1991, págs. 69-93.

romano se cristianiza, el cristianismo da este paso que permite su transformación en un cristianismo imperial. El imperio que se cristianiza, imperializa al cristianismo. Eso ocurre en el siglo IV, pero es actualizado como imperio cristiano recién a partir del siglo XI en la Edad Media europea.

Ahora, el cristianismo se vuelve definitivamente sacrificial. La ley absoluta necesita de un sacrificio absoluto, que es el sacrificio del hombre-Dios Cristo, quien por su muerte en la cruz establece una nueva ley, que no es ni mosaica ni romana, sino Ley de Dios. Ley de Dios que salva por su cumplimiento, y frente a la cual no hay cuestionamiento. Es una ley universal, frente a la cual ningún precepto tradicional o particular mantiene vigencia, y es ley anticorporal, frente a la cual ninguna necesidad humana tiene la menor legitimidad. Mejor: del cuerpo y de sus necesidades habla el demonio, que es Lucifer (Bernardo de Claraval). Lo que aparece es una aplanadora sacrificial.

Se basa en un universalismo anticorporal, que sustituye el universalismo corporal subyacente a la tradición judía y cristiana original. También esta última es antimágica, ya que todo universalismo lo es. Sin embargo, como universalismo corporal cuestiona la ley en nombre de la posibilidad de vivir de cada uno de los miembros de la sociedad, esto es, del amor al prójimo, siendo el prójimo un ser corporal cuya alma es vivificadora de este cuerpo. Luego, para este universalismo corporal, de las expresiones corporales y de las necesidades corporales, habla la voz de Dios siempre y cuando son intermediadas por este amor al prójimo, que es la justicia. El universalismo anticorporal deslegitima el cuerpo, crea un dualismo cuerpo-alma, orienta el amor al prójimo en dirección al alma y deslegitima y, finalmente, llama a la destrucción del cuerpo. Por lo tanto, desde su punto de vista, del cuerpo y sus necesidades no habla Dios, sino el demonio.

El imperio cristiano es portador de este universalismo anticorporal, que permite realizar un poder que anteriormente nunca había sido visto. Es el primer poder que efectivamente aspira a la dominación universal sobre la humanidad entera, y que logra los medios para efectuarla. El imperio cristiano encarna este universalismo anticorporal como su instrumento ideológico de poder. Expansión imperial y universalismo anticorporal se identifican.

El sacrificio de Cristo es el sacrificio fundante de su ley de dominación. Pero su ley de dominación es que Cristo nunca más sea sacrificado, que no sea crucificado otra vez. Seguir haciendo sacrificios es blasfemar el sacrificio de Cristo; no luchar contra los que continúan crucificándolo, es violar egoístamente la voluntad del Señor. Esta lucha es una cruzada; cruzada contra

enemigos externos y enemigos internos de la sociedad, y contra enemigos dentro de cada uno, o sea, su inclinación hacia los instintos corporales, el pecado.

En nombre del sacrificio de Cristo, el imperio cristiano lucha contra los que vuelven a sacrificar y, por ende, vuelven a crucificarlo. Los sacrifica para que no haya más sacrificios; los crucifica para que Cristo no sea crucificado nuevamente. Retorna el sacrificio, pero lo hace en forma antisacrificial. Ya no es el sacrificio precristiano, que pretende ser un sacrificio legítimo y fértil. Ahora, se trata de sacrificar para eliminar los sacrificios, de crear un mundo sin sacrificios. El sacrificio es un antisacrificio sacrificial.

Por consiguiente, cuando el imperio se define por este universalismo anticorporal, estallan las hogueras para quemar seres humanos humanos vivos delante de las catedrales europeas, bajo la mirada complaciente de Dios Padre, y frente a las multitudes que acompañan estos sacrificios cantando el *Te Deum*. Se trata de la vuelta de los sacrificios humanos religiosos, que las sociedades precristianas de Europa habían abolido hace milenios. En el curso de cinco siglos, millares de seres humanos son sacrificados como herejes o brujas.

Sin embargo, los cristianos no perciben siquiera el hecho de que han retornado los sacrificios humanos. Para ellos, éstos tienen un aspecto diferente: son luchas contra los sacrificios humanos, pasos en el camino a su abolición. Los sacrificios humanos siguen aconteciendo, pero se tornan invisibles. Por eso, cuando los conquistadores cristianos vienen a América, se escandalizan de los sacrificios humanos de las sociedades azteca o inca. Ni siquiera se les ocurre que eso puede ser algo equivalente a sus propios sacrificios humanos. Por lo tanto, queman ahora vivos delante de sus catedrales en América, a aquellos indios que consideran culpables de realizar los sacrificios humanos, de los cuales se escandalizaban. No obstante, solamente los sustituyen por sus propios sacrificios. Además, probablemente, los sacrificios humanos del occidente cristiano de la Edad Media superan de lejos, en cantidad, a los sacrificios humanos efectuados por estas civilizaciones arcaicas.

Gustavo Gutiérrez es uno de los pocos que ha desarrollado el papel que esta antisacrificialidad sacrificial ha jugado en la conquista en América. La demuestra especialmente en el enfrentamiento de García de Toledo con Bartolomé de las Casas. El resume así la posición de García de Toledo:

El éxito de la campaña lascasista —en la que se embarcaban engañados “todos los teólogos”— habría significado el regreso al primer engaño, a la idolatría: comenta escandalizado el autor:

“miren qué treta tan delicada para tornar a echar las tinieblas de la infidelidad y la idolatría y los sacrificios de hombres, y comer carne humana y vivir con bestias”<sup>4</sup>.

Según Gutiérrez, Sarmiento de Gamboa insiste todavía mucho más en eso. De esta forma, la idolatría del oro de los conquistadores surge a la sombra de esta su antiidolatría aparente. Son los conquistadores quienes realizan sacrificios humanos. Sin embargo, los interpretan y los viven como si fuesen acciones contra la idolatría y los sacrificios humanos.

Este sacrificio universal sustituye el sacrificio particular, que hemos mostrado paradigmáticamente en el sacrificio de Ifigenia por su padre Agamenón. El esquema es el siguiente:

En Cristo ocurrió un sacrificio humano, que es un crimen. Los enemigos de Cristo lo cometieron, y siguen cometiéndolo al resistir al cristianismo. Quien esté contra este sacrificio, es llamado a luchar contra estos enemigos de Cristo. Este no debe ser crucificado más. Por consiguiente, hay que destruir a sus sacrificadores (crucificadores), si no se convierten.

La culpa de este sacrificio es de todos; también de los cristianos. Todo pecado, desde Eva y Adán, es participación en este sacrificio de Cristo. Sin embargo, a los que confiesan su culpa y se unen a la lucha de Cristo, esta culpa les es perdonada.

Ellos se enfrentan a los enemigos de Cristo que lo siguen crucificando, y muestran, por su lucha, que están salvos de la culpa de haberlo crucificado. Pero su lucha es también contra sí mismos. Al dejarse llevar por sus instintos corporales, por su ritmo propio de vida, vuelven a abandonar a Cristo y a crucificarlo.

Evidentemente, ha habido un cambio profundo en relación al sacrificio de Ifigenia. A Agamenón no se le ocurre culpar a los troyanos por el sacrificio de Ifigenia. Agamenón, quien recibe el premio derivado del sacrificio, es él mismo el sacrificador y, como tal, el héroe. Los troyanos son objeto de este sacrificio, que se vuelve contra ellos. La única vinculación entre los troyanos y los griegos, que inculpa a los troyanos, es el hecho de que Héctor, el troyano, secuestró a la griega Helena. Es una violación de un derecho. No obstante, de ninguna manera eso es interpretado como participación en el sacrificio de Ifigenia. Es razón para la guerra, pero no un problema de moral. Así, aquellos que realizan el sacrificio, y lo defienden, son también aquellos que aprovechan de él. Por haber sacrificado a Ifigenia, los griegos reciben el mérito de su sacrificio. Todo el circuito es positivo. La sangre de Ifigenia

<sup>4</sup> Ver Gutiérrez, Gustavo: *Dios o el oro en las Indias*. CEP, Lima, 1989, pág. 66.

fructifica en aquellos que la derramaron. La derramaron para que diera frutos para ellos, y reciben los frutos porque ellos realizaron para sí el sacrificio. Este sacrificio es un acto heroico, no es un crimen.

En el sacrificio universal cristiano, en cambio, el grupo enemigo de los cristianos es la humanidad entera, en cuanto que no es cristiana, y no un grupo concreto. Todas sus actuaciones son siempre un camino de participación en el sacrificio de Cristo, que es un crimen. El cristiano es también constantemente seducido a este mismo crimen. Se salva, en la medida en que resiste a las tentaciones y se lanza contra los enemigos de Cristo. Los cristianos son el grupo que se ha liberado del sacrificio; los otros siguen realizándolo. Los liberados luchan contra los otros, que son los culpables.

Este sacrificio universal presupone una ética universalista, a la cual todos están sometidos y que se reivindica de parte de todos. Ciertamente, no se trata de un listado de normas, sino de un criterio para la generación de todas las normas. No es una ley dictada, sino una ley fundamental que rige cualquier dictado de leyes.

Esta Ley de Dios es el amor al prójimo transformado en ley. Se trata de una ley que, evidentemente, ya no se puede relativizar, en los términos de San Pablo, en nombre del amor al prójimo. Se construye un mundo en el cual la destrucción y el sometimiento del prójimo es el único camino para amarlo verdaderamente. Es una Ley de Dios inquebrantable, según la cual la justicia está en el cumplimiento de la norma. No existe aquí lugar para ningún perdón de la deuda, por cuanto la deuda consiste en cumplir con esta ley. Toda la crítica de la ley, hecha por los evangelios y San Pablo, es neutralizada y transformada en una máquina de agresión. Los sacrificios humanos son la consecuencia.

## **5. La secularización burguesa del sacrificio universal**

La ideología burguesa del siglo XVIII seculariza este esquema sacrificial. Lo hace poniendo en el lugar del Cristo sacrificado a la humanidad ofendida. En el lugar del hombre cristiano al servicio de Cristo, aparece el individuo propietario al servicio de la humanidad. La ofensa a la humanidad resulta ser ahora la negación de la propiedad privada, y la crucifixión de los crucificados es sustituida por la lucha contra todos los que no se someten al régimen de la propiedad privada. En el lugar del amor al prójimo aparece el interés general, en cuya persecución es concebida toda la sociedad. John Locke habla ahora de la

esclavitud para los que nos quieren hacer esclavos, del poder despótico legítimo contra aquellos que nos quieren imponer un poder despótico, de la expropiación de los que nos quieren expropiar, de la guerra contra aquellos que nos quieren hacer la guerra, en fin: ninguna libertad para los enemigos de la libertad (Saint-Just).

El mismo mecanismo que en la Edad Media hizo invisible los sacrificios humanos, hace invisible ahora la esclavitud liberal, el despotismo liberal, la expropiación de los pueblos indígenas del mundo entero, y la pérdida de la libertad por la identificación con esta ley absoluta. Vuelve una ley tan inquebrantable como era la ley de la Edad Media, que sigue siendo el amor al prójimo como ley, aunque se llame ahora el servicio al interés general o bien común. Aquellos que en el esquema cristiano eran paganos, son vistos ahora como los que ofenden, por su mera existencia, a la humanidad, una ofensa a la que el hombre burgués tiene que responder con una guerra justa.

Cada vez más la propia existencia de sociedades sin régimen burgués es interpretada como violación a los derechos humanos, violación a la cual el hombre burgués responde violando los derechos humanos de los miembros de esas sociedades. Viola los derechos humanos frente a estos violadores de los derechos humanos; es decir, vuelve a sacrificar a los sacrificadores, sólo que ahora en términos secularizados. Desde el punto de vista de esta sociedad burguesa, la simple existencia de sociedades no burguesas es vista como una ofensa a la humanidad y, por lo tanto, como una violación de los derechos humanos. Y a la violación se responde con violaciones. Dado que el derecho burgués define lo que son violaciones y lo que no lo es, la propia existencia no-burguesa es tratada como una violación de los derechos humanos, que tiene que ser contestada con violaciones de esos derechos por parte de la sociedad burguesa. Pero el mecanismo de la violación de los derechos de los violadores, nuevamente torna invisible esta violación. La sociedad burguesa parece ser la sociedad del reconocimiento de los derechos humanos, así como la sociedad de la Edad Media, parecía ser una sociedad sin sacrificios humanos.

Del sacrificio humano de la Edad Media —este antisacrificio sacrificial— se pasa a la violación de los derechos humanos —como una antiviolación de estos derechos, que los viola—. Esta violación es invisible. En América Latina, por ejemplo, existe una gigantesca red de tortura, dirigida evidentemente por el gobierno de Estados Unidos. Pero no se ve, aunque todo el mundo sabe que existe.

Toda la ideología burguesa no es más que esta secularización de la teología ortodoxa de la Edad Media, aplicada, ahora, al

propietario privado. No obstante, el mismo socialismo staliniano asume estas mismas posiciones, basándolas en la planificación económica dentro de la propiedad pública. También el stalinismo es un universalismo anticorporal, basado en la integración de todos en la división social del trabajo mediante la planificación y la propiedad pública de los medios de producción. A partir de la meta de la satisfacción de las necesidades, también este socialismo desemboca en el vaciamiento de las relaciones corporales al transformarlas en mera fuerza productiva.

## 6. El paradigma del antiutopismo

Frente al socialismo, el pensamiento burgués no puede seguir por los caminos del universalismo anticorporal. Es su última expresión. Por lo tanto, se vuelca contra el mismo universalismo, aunque en la base siempre esté la reacción contra el universalismo corporal, que es la verdadera provocación para cualquier tipo de dominación. Sin embargo, produce siempre y necesariamente la reacción del universalismo anticorporal, que permite la institucionalización de aquello que el universalismo corporal pretendía. No obstante, al institucionalizarlo se tiende a perderlo. Dentro del movimiento socialista del siglo XIX, esto no es sino el pasaje del anarquismo utópico —que es un nítido universalismo corporal— al socialismo institucionalizado, que desemboca en el socialismo stalinista del siglo XX.

El resultado es la rebelión burguesa, contra la igualdad de los hombres, iniciada por Nietzsche. Es una *pro-slavery-rebellion* (rebelión por la esclavitud) de dimensiones universales. Su primera forma es el nazismo alemán, que se levanta contra la igualdad de los hombres para denunciarla en cualquiera de sus formas. El denominador común de su ataque se encuentra en el antisemitismo. Según esta visión, así como la raíz del universalismo corporal es judía, el universalismo anticorporal también lo es, aunque sea una reacción contra el primero. Entonces, todo el Occidente es judío, y los judíos son la perdición <sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Oscar Levy, el traductor de Nietzsche al inglés, expresó en 1920: "Hemos asumido la actitud de salvadores del mundo y nos jactamos, de haber dado al mundo su 'salvador' —hoy seguimos siendo solamente los seductores del mundo, sus incendiarios, sus verdugos... Hemos prometido llevaros a un nuevo paraíso, y únicamente hemos tenido éxito en llevaros a un nuevo infierno". Ver Oscar Levy, introducción al libro de Pitt-Rivers, George: *The World Signification of the Russian Revolution*, London, 1920, según Poliakov, Léon: *Geschichte des Antisemitismus. Am Vorabend des Holocausts*. Bd. VIII. Athenäum, Frankfurt a/M, 1988, pág. 83. En el mismo sentido habla Hitler: "El judío recorre su camino fatal hasta el día en que otra fuerza se alza ante él y en descomunal combate devuelve junto a Lucifer a quien había tratado de asaltar el cielo". *Mein Kampf*, pág. 751.

Después de la derrota del nazismo, el llamado Mundo Libre asume esta misma posición, suprimiendo del esquema toda mención antisemita directa. Pero sigue siendo un pensamiento que persigue ahora todo universalismo corporal como raíz del mal, y renuncia al universalismo anticorporal que había sido la respuesta milenaria al universalismo corporal. Por lo tanto, se opone al universalismo en todas sus formas, en cuanto afirma la igualdad de los hombres, aunque sea sólo como alma, excluyendo el cuerpo. El resultado es el antiutopismo, que viene desde Nietzsche, pasando por el nazismo, hasta el Mundo Libre. Al levantarse contra la igualdad, se levanta contra el amor al prójimo como tal. Popper lo resume así:

Todos tenemos la plena seguridad de que nadie sería desgraciado en la comunidad hermosa y perfecta de nuestros sueños; y tampoco cabe ninguna duda de no que sería difícil traer el cielo a la tierra *si nos amásemos unos a otros*. Pero... *la tentativa de llevar el cielo a la tierra produce como resultado invariable al infierno*. Ella engendra *la intolerancia, las guerras religiosas y la salvación de las almas mediante la Inquisición* <sup>6</sup>.

Contra el amor al prójimo que, según Popper, al querer el cielo en la tierra, produce el infierno, aparece ahora la tolerancia y la negativa a la inquisición. Para que no haya inquisición, para poder ser tolerante —es decir, para que no haya sacrificios humanos—, es necesario renunciar a llevar a la tierra el amor al prójimo.

Sin embargo, Popper hace ahora con la tolerancia —la no-inquisición—, lo que el inquisidor había hecho ya con el amor al prójimo: la transforma en una nueva ley absoluta:

*La tolerancia ilimitada debe conducir a la desaparición de la tolerancia*. Si extendemos la tolerancia ilimitada aun a aquellos que son intolerantes; si no nos hallamos preparados para defender una sociedad tolerante contra las tropelías de los intolerantes, el

“(El judío) cree tener que someter toda la humanidad, *para asegurarle el paraíso en la tierra... Mientras él se imagina que está levantando a la humanidad, él la tortura hasta la desesperación, la paranoia, la perdición*. Si nadie lo para, la destruye... a pesar de que él se da oscuramente cuenta de que se destruirá a sí mismo también... Tener que destruir a cualquier costo, adivinando, a la vez, que eso lleva inevitablemente también a la destrucción propia, esa es la cuestión. *Si tú quieres: es la tragedia de Lucifer*”. Hitler citado en Eckart Dietrich, *Tischgespräche*, de 1922/23, editado con el título: *Der Bolschewismus von Moses bis Lenin - Zwiegespräche zwischen Adolf Hitler und mir*. Hohenreichen-Verlag, München, 1924 (énfasis nuestros). Ver: Heer, Friedrich: *Gottes erste Liebe. Die Juden im Spannungsfeld der Geschichte*. Ullstein Sachbuch, Frankfurt/Berlin, 1986, pág. 377.

<sup>6</sup> Popper, Karl: *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós, Buenos Aires, 1981, pág. 403 (Tomo II, capítulo XIV) (Enfasis nuestros).

resultado será la destrucción de los tolerantes y, junto con ellos, de la tolerancia... Con este planteamiento no queremos significar, por ejemplo, que siempre debamos impedir la expresión de concepciones filosóficas intolerantes; mientras podamos contrarrestarlas mediante argumentos racionales y mantenerlas en jaque ante la opinión pública, su prohibición sería, por cierto, poco prudente. *Pero debemos proclamar el derecho de prohibirlas, si es necesario por la fuerza*, pues bien puede suceder que no estén destinadas a imponérsenos en el plano de los argumentos racionales, sino que, por el contrario, comiencen por acusar a todo razonamiento; así, pueden prohibir a sus adeptos, por ejemplo, que presten oídos a los razonamientos racionales, acusándolos de engañosos, y que les enseñen a responder a los argumentos mediante los puños o las armas. *Deberemos reclamar entonces, en nombre de la tolerancia, el derecho a no tolerar a los intolerantes. Deberemos exigir que todo movimiento que predique la intolerancia quede al margen de la ley y que se considere criminal cualquier incitación a la intolerancia y a la persecución, de la misma manera que en el caso de la incitación al homicidio, al secuestro o al tráfico de esclavos* <sup>7</sup>.

La tolerancia se transforma en un arma mortal, en una herramienta de persecución. Del mismo modo que la inquisición mató en nombre del amor al prójimo, el Mundo Libre mata ahora en nombre de la tolerancia. Del mismo modo que se destruyó a los que no amaban al prójimo, ahora se destruye a los que no son tolerantes. De nuevo, pues, tenemos una ley absoluta transformada en sacrificio humano. El resultado es, precisamente, la inquisición contra la cual se había luchado: inquisición para los inquisidores. Esto sustituye la crucifixión para los crucificados de la inquisición. La inquisición retorna, sólo que en nombre de la lucha contra la inquisición. Volvió el inquisidor, pero ahora es un antiinquisidor. No obstante, como antiinquisidor se hace invisible. Todos saben que existe, si bien nadie lo ve <sup>8</sup>. Sin em-

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 512 (nota 4 al capítulo VII) (énfasis nuestros).

<sup>8</sup> "Algunos filósofos marxistas, empapados de un fervor tan canderoso como místico, anunciaban hace no muchos años atrás el arribo del milenio socialista del siguiente modo:

'En la nueva sociedad ya no habrá policías, no habrá más prisiones, no habrá iglesias, ni ejércitos, ni prostitución de ningún tipo, no habrá más crímenes... Cuando uno sabe que va por este camino (del infalible saber marxista-leninista, Arditi), que es científico y cierto, uno siente que está luchando por la mejor de las causas'. Un caso reciente, el breve y aterrador socialismo camboyano del Kmer Rouge, se convierte en caricatura trágica y grotesca del milenio anunciado por estos filósofos". Arditi, Benjamín: *El deseo de la libertad y la cuestión del otro. (Postmodernidad, poder y sociedad)*. Ediciones Criterio, Asunción, 1989.

El texto citado por Arditi proviene de los años cuarenta en Francia, un tiempo de mortal persecución de los comunistas por parte de los nazis. Tomando sus sueños —perfectamente inocentes—, Arditi los transforma en los culpables de su propia

bargo, hace todo lo que el inquisidor contra el cual se dirige: incita al homicidio, al secuestro y hasta, como lo hace John Locke, al tráfico de esclavos. Locke pide la esclavitud para aquellos que nos quieren hacer esclavos.

El resultado es la vuelta del sacrificio humano. Esta inquisición se eleva por encima de las cámaras de tortura de los regímenes de Seguridad Nacional. En Santiago de Chile incluso se construyó, frente al Palacio de la Moneda, un Altar de la Patria con una luz perenne. Es el altar de estos sacrificios humanos.

Se trata de un sacrificio antiuniversalista que, sin embargo, pretende tener una validez universal: todos, por igual, son desiguales. Todos, por igual, luchan uno contra el otro. No hay ningún abrazo, excepto el abrazo en la lucha final para morir<sup>9</sup>. A todos, por igual, *a priori*, se niega el derecho humano a la satisfacción de sus necesidades. A todos, por igual, se niega la legitimidad de una vida corporal. Pero a todos, por igual, se concede el derecho de vivir como quieran, en el caso de que puedan: son libres para elegir. Con eso, todo universalismo se

persecución. Perseguirlos deja de ser persecución, porque míticamente ellos son vistos como el Kmer Rouge. De la misma forma, la Inquisición los vio como crucificadores de Cristo; Popper como intolerantes; los jacobinos como enemigos de la libertad, para los cuales no hay libertad, etc. La persecución se vuelve invisible; la humanización, un asunto de agresión contra los otros.

¿Qué tienen que ver estos comunistas franceses con el Khmer Rouge? Lo mismo que los árabes atacados por los cruzados o los judíos de todos los tiempos, con la crucifixión de Jesús.

<sup>9</sup> Es el abrazo que celebra la mística de la guerra fascista, como lo vemos en Ernst Jünger y Jorge Luis Borges. Mario Vargas Llosa lo describe así: "Rufino se arrastra hacia Gall, muy despacio. ¿Va a llegar hasta él? Se empuja con los codos, con las rodillas, frota la cara contra el barro, como una lombriz, y Gall lo alienta, moviendo el cuchillo. 'Cosas de hombres', piensa Jurema. Piensa: 'La culpa caerá sobre mí'. Rufino llega junto a Gall, quien trata de clavarle la faca, mientras el pistero lo golpea en la cara. Pero la bofetada pierde fuerza al tocarlo, porque Rufino carece ya de energía o por un abatimiento íntimo. La mano queda en la cara de Gall, en una especie de caricia. Gall lo golpea también, una, dos veces, y su mano se aquieta sobre la cabeza del rastreador. Agonizan abrazados, mirándose. Jurema tiene la impresión de que las dos caras, a milímetros una de la otra, se están sonriendo". Vargas Llosa, Mario: *La guerra del fin del mundo*. Plaza & Janés, Barcelona, 1981, págs. 293-294. En este mismo sentido, el Papa Juan Pablo II ve el sacrificio de Cristo en el interior de la Trinidad: "En el Antiguo Testamento se habla varias veces del 'fuego del cielo', que quemaba los sacrificios presentados por los hombres. Por analogía se puede decir que el Espíritu Santo es el '*fuego del cielo*' que actúa en lo más profundo del misterio de la Cruz. Proveniendo del Padre, ofrece al Padre el sacrificio del Hijo, introduciéndolo en la divina realidad de la comunión trinitaria... El Espíritu Santo, como amor y don, descende, en cierto modo, al centro mismo del sacrificio que se ofrece en la cruz. Refiriéndonos a la tradición bíblica podemos decir: *él consume este sacrificio con el fuego del amor*, que une al Hijo con el Padre en la comunión trinitaria. Y dado que el sacrificio de la Cruz es un acto propio de Cristo, también en este sacrificio él '*recibe*' el Espíritu Santo" (*Dominum et Vivificantem*, No. 41). Es la mística fascista de la muerte, traspasada al campo de la ortodoxia cristiana.

desvanecce. El sacrificio, en cambio, se instala como normalidad, como signo de poder<sup>10</sup>.

El resultado es un esquema sacrificial cambiado, muy diferente de los anteriores. Nietzsche lo desarrolla, y subyace a toda la tradición burguesa posterior. Ahora bien, aunque se pretenda, eso muchas veces no es una réplica del esquema precristiano que analizamos a partir del sacrificio de Ifigenia. Se inscribe más bien en el marco categorial del sacrificio universal cristiano, pese a que muchos signos cambian. Sigue siendo un esquema universal, si bien no universalista. Por ende, en su centro sigue estando un asesinato de Dios. Sin embargo, el asesino de Dios cambia de lugar. En el esquema universalista del sacrificio universal, los cristianos se enfrentan a todos los otros, siendo todos juntos los crucificadores de Cristo. Sólo que la culpa de los cristianos ha sido redimida. Por eso, la culpa del asesinato de Dios recae exclusivamente sobre los enemigos de Cristo, que son los enemigos del imperio cristiano.

Ahora es diferente. Los dominadores —los que ganaron la lucha por el poder— se enfrentan a los dominados, que perdieron esta lucha. De nuevo, toda la humanidad se divide en dos polos enfrentados; pero ya no entre cristianos y no-cristianos, sino entre dominadores y dominados-malparados. Nuevamente, el asesinato

<sup>10</sup> Hayek expone este caso del sacrificio: "Una sociedad libre requiere de cierta moral que en última instancia se reduce a la mantención de vidas: no a la mantención de todas las vidas, porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas. Por lo tanto, las únicas reglas morales son las que llevan al 'cálculo de vidas': la propiedad y el contrato". *El Mercurio*, 19-4-81, Santiago de Chile (entrevista). Hayek concede esta entrevista, con ocasión de su visita a Chile para participar en un congreso de la sociedad de Mont Pellerin. Este pensamiento sacrificial es muy generalizado en la sociedad burguesa. El mismo Nietzsche lo expone así: "¿Consistirá para nosotros la esencia de lo verdaderamente moral en considerar las consecuencias próximas e inmediatas que pueden tener nuestros actos para los demás hombres y decidir nuestra conducta con arreglo a estas consecuencias?... Esta es una moral estrecha y burguesa; pero todavía es una moral. Me parece que respondería a una idea superior y más perspicaz, el mirar más allá de esas consecuencias inmediatas para el prójimo, a fin de alentar designios de mayor alcance, a riesgo de hacer padecer a los demás, verbigracia... Admitiendo que tengamos para con nosotros mismos espíritu de sacrificio, ¿qué razón ha de impedirnos sacrificar al prójimo con nosotros mismos, cómo han hecho hasta ahora los Estados y los monarcas, sacrificando al ciudadano, 'por el interés general', como solía decirse? Nosotros tenemos también intereses generales, y acaso son los intereses más generales. ¿Por qué no ha de haber derecho a sacrificar algunos individuos de la generación presente en utilidad de las generaciones futuras, si sus penas, sus inquietudes, sus desesperaciones, sus vacilaciones y sus errores fuesen necesarios para que una nueva reja de arado abriese surcos en el suelo y le tornara fecundo para todos?... Con el sacrificio —en el cual nos incluimos todos, lo mismo nosotros que el prójimo— fortaleceríamos y elevaríamos el sentimiento del poder humano, aun suponiendo que no lográsemos más. Esto sería ya un aumento positivo de la dicha". Nietzsche, Friedrich, "Aurora", en: *Obras inmortales*. Visión Libros, Barcelona, 1985. Tomo II, págs. 712-713.

de Dios lo han cometido todos, no obstante ha sido un acto heroico. Los dominados han participado en este acto del asesinato de Dios, pero se acobardan. El dominador, en cambio, se celebra a sí mismo por haber asesinado a Dios. Del hecho de este asesinato, él no deriva ninguna culpabilidad (psicológicamente es celebrado como asesinato del padre). Más bien, desprecia al dominado por su incapacidad de afirmar el asesinato de Dios, lo que es la otra cara de su derrota en la lucha por el poder.

El dominado no es capaz de llevar a cabo el asesinato de Dios, porque no es capaz de ganar en la lucha de la vida. Pierde, por lo tanto, su dignidad, es un hombre resentido, envidioso. Sigue siendo un culpable, pero no por el asesinato de Dios, sino por *no* aceptar haberlo asesinado. El dominador, que asesinó a Dios, se impone al dominado, que es culpable de no aceptar haberlo asesinado. Este Dios, cuyo asesinato el dominador celebra, es el Dios universalista de la tradición judeo-cristiana. Al declarar su asesinato, el dominador no es ateo. Es altamente religioso. Solamente que levanta ahora un Dios universal, que no es universalista. Se trata de un Dios que lo confirma a él como el dominador sobre todos aquellos que perdieron esta lucha por el poder, es decir, sobre los dominados-malparados.

## 7. El paradigma sacrificial antiutópico de Nietzsche

En Nietzsche encontramos, ya muy temprano, este paradigma del sacrificio antiutópico:

“¿Dónde está Dios? Os lo voy a decir. Le hemos muerto; vosotros y yo, todos nosotros somos sus asesinos. Pero, ¿cómo hemos podido hacerlo?... ¿No oís el rumor de los supultureros que entierran a Dios? ¿No percibimos aún nada de la descomposición divina?... Los dioses también se descomponen... ¡Cómo consolarnos, nosotros asesinos entre los asesinos!... ¿Quién borrará esa mancha de sangre? ¿Qué agua servirá para purificarnos?... ¿Tendremos que convertirnos en dioses o al menos que parecer dignos de los dioses? Jamás hubo acción más grandiosa, y los que nazcan después de nosotros pertenecerán, a causa de ella, a una historia más elevada que lo fue nunca historia alguna...<sup>11</sup>.

A partir de esta muerte de Dios por asesinato, Nietzsche anuncia el porvenir, la resurrección del hombre. La muerte de Dios es la resurrección del hombre:

<sup>11</sup> Nietzsche, Friedrich: “La gaya ciencia”. *Ibid.*, Tomo II, págs. 995-996.

¡Ante Dios! ¡Pero este Dios ha muerto! Hombres superiores, este Dios fue vuestro mayor peligro. Al bajar él a la tumba, vosotros habéis resucitado... Sólo ahora está de parto la montaña del porvenir humano. Dios ha muerto; viva el superhombre —tal es *nuestra* voluntad<sup>12</sup>.

Este hombre resucitado —superhombre— busca a Dios, pero un Dios que ya no es un Dios universalista de todos, sino un Dios universal de aquellos que ganaron en la lucha por el poder. El Dios universalista —el Dios de la moral—, ha muerto. Otro Dios le sucederá:

En el fondo lo que se ha superado es sólo el Dios moral. ¿Tiene sentido creer en un Dios “más allá del bien y del mal”? ¿Sería panteísmo pensar en este sentido? ¿Suprimiremos la idea de finalidad del proceso y a pesar de todo confirmaremos el proceso? Esto sucedería si dentro de ese proceso en todo momento, se alcanzase un fin, y ese fin fuera siempre el mismo <sup>13</sup>.

Crear este nuevo Dios, es para Nietzsche algo natural:

Un pueblo que conserva la fe en sí mismo, tiene también un Dios que le pertenece. En ese Dios admira y adora las condiciones que le han hecho triunfar, sus virtudes; proyecta la sensación del placer que se causa a sí mismo y el sentimiento de su poder, en un ser al que puede dar gracias por ellos... En estas circunstancias, la religión es una forma de la gratitud. El hombre está agradecido consigo mismo y por eso necesita un Dios....<sup>14</sup>.

No obstante, el Dios universalista —el Dios de la moral— continúa presente, aunque ya haya muerto. Hay que enterrarlo, pues todavía no está en la tumba. Su descomposición se nota, huele mal. Sin embargo, está todavía ahí. Incluso como sombra sigue presente:

Después de la muerte de Buda se mostró durante siglos su sombra en una caverna. Dios ha muerto, pero los hombres son de tal condición que habrá tal vez durante miles de años cavernas donde se muestre su sombra<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> Nietzsche, Friedrich: “Así hablaba Zaratustra”. *Ibid.*, Tomo III, págs. 1695-1696 (énfasis nuestro).

<sup>13</sup> Nietzsche, Friedrich: *La voluntad de poderío*. EDAF, Madrid, 1981, No. 55, pág. 59.

<sup>14</sup> Nietzsche, Friedrich: “Anticristo”, en: *Obras inmortales, op. cit.*, Tomo I, págs. 45-46.

<sup>15</sup> Nietzsche, Friedrich: “La gaya ciencia”. *Ibid.*, Tomo II, pág. 981 (Tercer libro, No. 108).

Nietzsche siente urgencia de que se cree este nuevo Dios, que sustituya al Dios universalista de la moral:

...no han vuelto a crear dioses. ¡Casi dos mil años, y ni siquiera un Dios nuevo! Por desgracia subsiste, como un *ultimátum* y un *máximum* de la fuerza creadora de lo divino, del *creator spiritus* en el hombre, ese lastimoso Dios del monoteísmo cristiano!<sup>16</sup>.

El Dios de la moral subsiste, aunque haya sido asesinado. Hay culpables de esta existencia. Son aquellos que no quieren aceptar su muerte. Ellos lo mantienen, descomponiéndose o como sombra. El subsiste en los oprimidos que no aceptan su derrota, y siguen reclamando su dignidad:

El cristianismo, nacido de raíces judías, inteligibles únicamente como planta de aquel suelo, representa el movimiento de oposición contra toda moral de *cría*, de *raza* y de privilegio. Es la religión *antiaria* por excelencia, la transmutación de todos los valores arios, el triunfo de las evaluaciones de los chandalas, *el evangelio de los pobres y de los humildes proclamando la insurrección general de todos los oprimidos*, de todos los miserables, de todos los fracasados; su insurrección contra la raza, la inmortal venganza de los chandalas convertida en *religión del amor*<sup>17</sup>.

Es necesario destruir esta dignidad del oprimido, para que la muerte de Dios sea consagrada, para que Dios termine en la tumba y el hombre tenga la resurrección. Nietzsche piensa metódicamente, cómo lograr la destrucción de los que pierden la lucha por el poder:

Si el que sufre, el oprimido, perdiera la fe en su derecho a poder despreciar la voluntad de poderío, entraría de lleno en la fase de la desesperación total... La moral protegía a los malparados contra el nihilismo, al tiempo que concedía a cada uno un valor infinito, un valor metafísico, y lo emplazaba en un orden que no estaba de acuerdo con el poder y el rango del mundo: enseñaba la entrega, la humildad, etc. Admitiendo que la creencia en esta moral se destruya, los malparados ya no hallarían en ella su consuelo y perecerían<sup>18</sup>.

Es lo que Nietzsche llama el nihilismo activo:

El nihilismo como síntoma de ello, indica que los desheredados ya no tienen ningún consuelo, que destruyen para ser

<sup>16</sup> Nietzsche, Friedrich: "Anticristo". *Ibid.*, Tomo I, pág. 48.

<sup>17</sup> Nietzsche, Friedrich: "El crepúsculo de los dioses". *Ibid.*, Tomo III, pág. 1209 (énfasis nuestros).

<sup>18</sup> Nietzsche, Friedrich: *La voluntad de poderío*, op. cit., No. 55, pág. 60.

destruidos: que privados de la moral ya no tienen ninguna razón para "entregarse", que están afincados en el terreno del principio opuesto y también quieren poderío por su parte forzando a los poderosos a ser sus verdugos <sup>19</sup>.

Es la antiutopía virulenta que crea este esquema sacrificial. Es la manera nietzscheana de afirmar que, quien quiere el cielo en la tierra, produce el infierno en la tierra. Se trata del desprecio más completo de la dignidad humana y de su corporalidad. Sin embargo, lo hace en nombre de una corporalidad antiuniversalista. Una corporalidad salvada por la destrucción de la corporalidad de aquellos que pierden la lucha por el poder <sup>20</sup>.

Recuperar lo humano por la destrucción del humanismo, es el lema. Los oprimidos, al resistir, son vistos ahora como sublevados contra lo humano <sup>21</sup>. Respecto al sacrificio universal cristiano del cristianismo ortodoxo, los oprimidos no han cambiado de lugar. Pero el punto de vista desde el cual se los mira, sí es distinto. Del universalismo anticorporal, que los ve rebelándose contra Dios, se ha pasado a este antiuniversalismo de destrucción corporal que los ve rebelándose contra el hombre, manteniendo a un Dios que ya ha sido asesinado.

Este esquema sacrificial de Nietzsche parece como el programa de la sociedad burguesa durante todo el siglo XX, primero en el Nazismo alemán y posteriormente en el Mundo Libre. Este mundo actúa, como si tuviera a Nietzsche como su inspirador, su falso profeta.

## 8. El retorno del sacrificio negado

Nacido en nombre de la superación de los sacrificios humanos, la historia del cristianismo, con sus secularizaciones, resulta ser no obstante una historia de grandes sacrificios humanos, siempre solapados por la lucha contra los sacrificios. Es una historia sacrificial, que aparenta ser una historia de lucha contra los sacrificios. La persecución del sacrificio humano como

<sup>19</sup> *Ibid.*, pág. 61.

<sup>20</sup> Esta forma de pensar la sacrificialidad está penetrando hoy en la misma teología cristiana. Un libro sobre el clérigo, actualmente muy discutido en Alemania, asume precisamente estas posiciones. Ver: Drewermann, Eugen: *Kleriker. Psychogramm eines Ideals*. Walter-Verlag, Olten/Freiburg, 1989.

<sup>21</sup> Con Karl Schmitt ha sido introducido este pensamiento en América Latina. Ver Hinkelammert, Franz J.: "El concepto de lo político según Carl Schmitt", en: Lechner, Norbert (ed.), *Cultura política y democratización*. CLACSO-FLACSO-ICI, Buenos Aires, 1987. Reproducido también en: Hinkelammert, Franz J.: *Democracia y totalitarismo*. DEI, San José, 1987.

crimen ha reproducido este sacrificio humano, si bien en forma invisible. Parece ser una cosa diferente de lo que en realidad es.

Sin embargo, con la reacción antiutópica esta sacrificialidad antisacrificial se establece como un hecho. Reivindica ahora el sacrificio como el mejor camino, sólo que un camino sin destino. Le quita la ilusión de servir para algo, para reivindicarlo en su desnudez. Lo hace honrado, abierto, recto. Le quita la mala conciencia, y así le abre el camino a dimensiones ilimitadas. El holocausto perpetrado por los nazis muestra la capacidad sacrificial que surge de la opción antiutópica. Supera, de lejos, todo lo que era posible hasta entonces.

El resultado es un camino a la destrucción de la humanidad en el suicidio colectivo. El Occidente marcha hoy hacia el heroísmo de la autodestrucción, al cual el nazismo alemán <sup>22</sup> ya había llegado en otras condiciones, y que se basa en la promoción de la desesperación de todas las víctimas. Este gran sacrificio hacia el cual se tiende hoy, no se puede impedir ya declarando crimen a los sacrificios. Se requiere un enfoque diferente de la superación de los sacrificios, que ciertamente se puede inspirar en el cristianismo original, aunque tampoco allí va a encontrar soluciones ya hechas.

No obstante, su raíz no puede ser sino, nuevamente, la afirmación de la dignidad humana frente a esta su total denigración.

<sup>22</sup> Goebbels decía: "Si tenemos que abandonar este teatro del mundo, vamos a cerrar la puerta con un golpe tal, que el universo se estremezca". Goebbels era un fanfarrón que no tenía las posibilidades de hacer todo lo que quería, aunque mucho haya hecho. La burguesía actual, sin embargo, tiene los medios para hacerlo, y está desarrollando la disposición correspondiente.